

HISTORIA

Biblia y traducción (34): «el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas»

Por Juan Gabriel López Guix

«La tierra estaba informe y vacía, la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas» (Conferencia Episcopal Española). La palabra *ruah* aparece por primera vez en Génesis 1:2 y luego casi cuatrocientas veces a lo largo del texto bíblico hebreo. En su *Guía de perplejos* (I, 40), el filósofo cordobés Maimónides le atribuye seis significados: «aire», «viento», «espíritu vital», «espíritu» (del hombre, no sujeto a la muerte), «inspiración» divina y, por último, «intención» o «voluntad». Maimónides concluye el capítulo diciendo:

Siempre que el término que nos ocupa se refiere a Dios es conforme a la quinta acepción; y alguna vez, a la última, o sea la de «voluntad», según hemos expuesto; en cada pasaje hay que interpretarlo de conformidad con el contexto.

(Traducción: David Gonzalo Maeso)

Según los contextos, las traducciones suelen reproducir esa gradación de lo inanimado a lo animado (mortal o divino) con «viento», «aliento» o «espíritu». La palabra *espíritu* recoge bien esas acepciones no literales de la palabra y es la elegida de modo tradicional en Génesis 1:2, siguiendo el ejemplo de los LXX («*pneuma*») y la Vulgata («*spiritus*»). Sobre esta elección, parece existir, además, un amplio consenso interconfesional. Así, traducen «espíritu» tanto la Biblia de Ferrara como la contemporánea de Katznelson entre las hebreas, la protestante Reina-Valera en sus diferentes revisiones, así como la gran mayoría de las católicas, desde las primeras autorizadas a partir de la Vulgata, Scío y Torres Amat, hasta las realizadas ya en el siglo XX a partir de las lenguas originales, como Nácar-Colunga o Bover-Cantera (en la década de 1940), y, de modo, más reciente, las de la Universidad de Navarra (1997) y la Conferencia Episcopal Española (2010).

Esta traducción tiene un curioso efecto colateral, y es que puede favorecer la plantilla interpretativa cristiana según la cual el Antiguo Testamento ofrece una revelación incompleta que sólo se culmina en el Nuevo. «En la Biblia, el término hebreo que designa al Espíritu Santo es *ruah*»: estas palabras de Juan Pablo II (audiencia general del 3 de enero de 1990) ponen de manifiesto la «traducción» cristiana de *ruah* y el modo en que, desde el inicio mismo del Génesis, puede postularse como prefigurada en las escrituras judías la doctrina de la Santísima Trinidad. Además, es posible reforzar esta lectura mediante el uso de la tipografía, escribiendo Espíritu con mayúscula, como hacen Scío y algunas ediciones de Reina-Valera.

Quizá por esta razón la versión hebrea de Daniel ben Itzjak traduce en este versículo «elohim ruah» por la «Presencia Divina». Y, entre las biblias católicas, tres rompen el consenso: la Biblia de Jerusalén («viento de Dios»), la Biblia Traducción Interconfesional («viento divino») y Luis Alonso Schökel («aliento de Dios»; o «soplo de Dios», en la versión latinoamericana de la Biblia del Peregrino). Las dos primeras insisten en la materialidad del agente físico; la tercera combina las dos opciones anteriores, la causa y su agente.

En contra de lo que sucede con la elección de «espíritu», que encierra la posibilidad de una interpretación orientada hacia el futuro (la insinuación de la revelación cristiana), la materialidad del «viento» facilita el anclaje con el pasado: la remisión a la cosmología sumeria donde del mar primigenio surgió una montaña cósmica en la que estaban confundidos el Cielo (An) y la Tierra (Ki), de cuya unión nació el dios del aire que los separó (Enlil); la alusión al papel de los vientos en la victoria del babilónico Marduk contra el caos marino Tiamat, con cuyo cadáver se fijó el cielo y la tierra; o la evocación del dios egipcio del aire, Shu, a quien el capítulo 17 del *Libro de los muertos* presenta como el separador del cielo y la tierra, una escena ilustrada en el papiro Greenfield (c. 940 a. e., c.) conservado en el Museo Británico, donde el cuerpo de la diosa Nut (en otros lugares pintado de azul y constelado de estrellas) se arquea sobre su hermano y consorte Geb, el dios de la tierra.

Es como si por medio de la traducción se nos permitiera optar entre escarbar en nuestro pasado adentrándonos en lo que somos o bien, apoyándonos en ese mismo pasado, proyectarnos hacia nuevas potencialidades. O ambas cosas al mismo tiempo.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)